

HOOKS, B.; BRAH, A.; SANDOVAL, CH.; ANZALDÚA, G...: *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004. 184 páginas.

“¿Conoces algún libro que dé una visión panorámica del feminismo negro y los debates que ha planteado?” “¿Se te ocurre algún texto introductorio al feminismo post-colonial?” “¿Cuál puede ser una buena presentación de cómo articular desde la teoría feminista *género, etnia y clase*?” Éstas han sido preguntas recurrentes en los últimos años dirigidas a quienes de un modo u otro nos dedicamos a la teoría feminista; preguntas que una y otra vez topaban con barreras idiomáticas por no existir prácticamente textos traducidos al castellano. Ése es el primer punto a favor de esta compilación que recoge algunos de los más significativos de estos planteamientos, plurales, diversos y, por qué no, polémicos. Cierto es que toda compilación puede ser criticada tanto por los textos escogidos como por sus ausencias; ahora bien, lo que difícilmente puede ponerse en cuestión es que los artículos recogidos en este volumen son, cada cual en su medida, algunas de las referencias más citadas.

La teoría feminista y gran parte de los movimientos liberadores del siglo XX han mantenido una relación paradójica con la modernidad: la pretensión de que quienes ocupan posiciones subalternas accedan a la posición de sujeto les lleva a reapropiarse de algunos de sus nodos y sus mitos contribuyendo así a reforzarlos, al tiempo que los colapsa al permitir que se visibilicen algunos de sus presupuestos hasta entonces incuestionados, como su supuesto universalismo, el imperialismo de la razón o el carácter unitario y coherente

del yo. El feminismo negro —o, mejor, postcolonial— empuja al feminismo a profundizar en su faz desafiante para con la Ilustración, sus narrativas omnicomprendivas, sus sujetos compactos y sus falsas representaciones transparentes e inmediatas. Ahora bien, decir que el feminismo postcolonial anima esa revisión no implica que ésta se materialice del mismo modo en cada propuesta pues también se detectan naturalizaciones y visiones *románticas* de la vida en las fronteras o concepciones de la agencia demasiado sometidas a la disciplina dicotómica de la estructura/acción.

Así, encontramos en el libro numerosas críticas al supuesto universalismo del sujeto y, más en particular, a su expresión en la *comunidad de mujeres*: BELL HOOKS afirma, de este modo, que “si bien resulta evidente que muchas mujeres sufren la tiranía sexista, hay pocos indicios de que este hecho forje *un vínculo común entre todas las mujeres*” (p. 37); AURORA LEVINS MORALES relata cómo las “habitaciones demasiado estrechas” o bien la dejan fuera o la obligan a fragmentarse, poniendo por encima de las demás alguna de sus posibles identificaciones —en función de su sexualidad, sus creencias o el color de su piel—, negándole así la complejidad y la posibilidad de contradicción; GLORIA ANZALDÚA nos dibuja una posición, la de la mestiza, compleja por su hibridismo; CHELO SANDOVAL apuesta por la conciencia opositiva que surge de la “oposición desarrollada bajo formas previas de dominación” (p. 83) y que, hacien-

do frente a las fuerzas globalizadoras, anima una renegociación del poder en beneficio de las posiciones subalternas; AVTAR BRAH resume en las primeras páginas de su texto la historia del feminismo negro en la metrópoli británica gracias al empuje de mujeres africanas, asiáticas y caribeñas; JAQUI ALEXANDER y CHANDRA TALPADE MOHANTY sitúan la crítica en los estudios y departamentos de género.

Ahora bien, junto a las críticas al supuesto universalismo de las categorías modernas, que a pesar de haber sido señaladas por el feminismo se reproducen en él —y ahí tenemos la categoría *Mujer* y la *comunidad de mujeres* coherente con esa representación totalizante—, también estos enfoques recrean en ocasiones totalizaciones tan normativas y homogeneizadoras como aquéllas —BRAH ya advierte cómo también la categoría *feminismo negro* puede resultar excluyente por ejemplo con respecto a las mujeres judías. De modo que, en una relación de nuevo paradójica con los *topoi* de la modernidad, en algunos momentos pareciera que lo que se expulsa por la puerta entra por la ventana, y así no faltan llamamientos a “construir una ideología y un movimiento liberadores” (p. 50; mi cursiva), a *dar testimonio* y luchar por unas *verdades* específicas que se presentan como *nuestras* y parecen deslizarse al margen del discurso (p. 66) o a hacer emerger, con no pocas dosis de humanismo voluntarista, una nueva cultura mestiza (p. 79).

Es en medio de esa paradoja donde se sitúan los textos de esta compilación, oscilando entre planteamientos que en algún momento se escoran del lado de cierto esencialismo de *las (sustantivamente) diferentes* y aproximaciones más com-

plejas, interesadas en cómo se constituye *la diferencia* y las experiencias que con ello se recrean. En esta última posición se pone de manifiesto no ya que sus identidades en tanto que mujeres racializadas o inmigradas son *inapropiables* por ser fronterizas, sino que toda identidad es fronteriza e inapropiable y que, más aún, el sueño (o pesadilla) moderno de la pureza y los vectores unidireccionales no fue más que una ilusión que purificó los polos —naturaleza/cultura, identidad/alteridad, estructura/acción masculino/femenino, blanco/negro— con los que reinventamos constantemente nuestras experiencias, nuestras identidades y subjetividades así como los vínculos y relaciones sociales de las que emergen y a los que alimentan.

La obra aborda, pues, la diferencia o, mejor aún, *las diferencias*; esas estabilizaciones precarias pero poderosas que resultan de complejos procesos de diferenciación que no pueden reducirse al género, sino que —y aquí encontramos otra de las aportaciones de estas corrientes— han de aprehenderse en relación con las fronteras con las que se reconstruyen diversos *otros/nosotros* en función de categorías como la clase, la etnia o la sexualidad. Es ésta una apuesta que, dicho sea de paso, es suscrita por el feminismo socialista de nuevo cuño representado en el libro por KUM-KUM BHAVNANI y MARGARET COULSON, además de por algunos ecos que resuenan en el artículo de ALEXANDER y MOHANTY. El feminismo postcolonial contribuye así a romper la comunidad de las idénticas —*las mujeres*— al visibilizar otras relaciones de poder/dominación y, en sus expresiones más penetrantes — como el artículo de BRAH—, a mostrar cómo cada opresión es constitutiva de las

otras y a su vez está construida por ellas.

Tal y como acertadamente apuntan BHAVNANI y COULSON, “si queremos cambiar el marco conceptual tenemos que comenzar por plantear preguntas diferentes” (p. 56). De las muchas líneas que atraviesan la lectura de los artículos recogidos en este volumen, dos son especialmente interesantes como punto de partida para una revisión valiente de las herramientas conceptuales y metodológicas —tanto en lo académico como en lo político— con las que pensamos nuestros mundos: la crítica al paradigma del sujeto e, íntimamente conectada a ella, la propia conceptualización de la diferencia.

La primera cuestión poco a poco va atrapando al lector. Es más, una de las posibles lecturas del libro podría venir guiada por esa clave, intentando extraer una cartografía de los diferentes discursos implícitos y explícitos en torno a la concepción del sujeto. Como hemos visto, el feminismo postcolonial critica la representación del sujeto *Mujer* del feminismo (blanca, heterosexual, de clase media) por las exclusiones sobre las que se construye; una crítica, sin embargo, que se erige en muchos casos sobre el reciclaje de algunos de sus supuestos. Pero, además, ¿acaso las diferencias habitan en sujetos preexistentes a ellas? Y, por otro lado, cuando hablamos de *otras inapropiables*, ¿hablamos de categorías?, ¿de cuerpos —racializados, sexualizados, enclasados— concretos? Es ésta una equiparación frecuente; una identificación entre categorías y cuerpos, paralela a la que lleva a reificar relaciones y procesos en productos inmovilizados. Pues, como bien plantea BRAH, “las discusiones acerca del feminismo y el racismo se centran a menudo en torno a la opresión

de las mujeres negras más que explorar el modo en que el género de las mujeres negras y blancas se construye a través de la clase y el racismo” (p. 113).

La revisión de la conceptualización de la diferencia es el segundo tema de especial interés. El feminismo ha cuestionado y cuestiona la construcción de la femineidad en un orden de dominación sustentado sobre una diferencia interpretada en términos biologicistas. Para ello se recurre al concepto de género que, si bien sirve como palanca para reinventar las relaciones entre los sexos, sigue “enraizado — como señalan BHAVNANI y COULSON— en la base material y aparentemente simple y *real* de la diferencia biológica entre mujeres y varones” (p. 54). El siguiente paso es llevar más allá ese cuestionamiento de las bases materiales y aparentemente simples y *reales*, no para negar su existencia, sino para reconstruir los procesos por los que llegaron a adquirir esa simplicidad y realidad y para —por qué no— apostar por otras reinventiones posibles. Reinventiones más complejas aún en tiempos de lo *post-* en los que *la diferencia* abandona su relación dicotómica con la identidad para revelarse en el interior de ella y en el que *las diferencias* se complejizan y articulan de formas múltiples. En este sentido es especialmente reseñable la sugerencia de BRAH de distinguir y ahondar en cuatro acepciones interconectadas de diferencia: i) diferencia como experiencia (noción resbaladiza que invita a preguntarse quién tiene derecho a decidir cuáles son las experiencias *auténticas* y significativas y cómo reconstruimos nuestras experiencias); ii) diferencia como relación social; iii) diferencia como subjetividad y iv) diferencia como identi-

dad. El tema ya no es por tanto la diferencia *per se*, sino, entre otros: cómo designa y construye la diferencia esa *otredad*; quién define la diferencia y a partir de qué normas supuestas se marca a un grupo como diferente; cómo se constituyen, mantienen o disipan las fronteras de la diferencia; y cómo se interioriza y se encarna la diferencia en corpus y cuerpos.

Las respuestas de cada texto a estas preguntas varían, del mismo modo que lo hacen las posiciones de las que parten las autoras: desde la radicalidad de la crítica de HOOKS —a ratos desconcertante, aunque demasiado comprometida con mitos modernos y etiquetas holistas como *patriarcado* o *reformismo*—, a la apuesta por poner en el centro del análisis el “capitalismo patriarcal racialmente estructurado” de BHAVNANI y COULSON o la desconfianza hacia los “grandes términos” que lleva a BRAH a optar por la mayor ductilidad del adjetivo *patriarcal* frente a la robustez de *patriarcado*; también desde las figuras más o menos acertadas de la *intelectual orgánica* por la que apuesta LEVINS, o la *mestiza* de la recientemente fallecida ANZALDÚA, hasta la apuesta por la afinidad a través de la diferencia de SANDOVAL.

De todas esas propuestas dos son especialmente significativas por razones distintas. En primer lugar, el artículo de BRAH es, sin lugar a dudas, uno de los más sugerentes porque su planteamiento valiente y poco conformista invita a ir más allá del sentido común con cuestiones que desbordan a las “mujeres negras” ya sea

como categoría o como cuerpos hablantes y deseantes. En segundo lugar, puede que el artículo que firman ALEXANDER y MOHANTY no sea el más claro ni compacto —es una introducción a un libro publicado en 1997 en donde se reproducen esos grandes términos a los que se supone un significado evidente—, pero es un acierto cerrar esta edición con él, pues siendo en origen una introducción a una compilación, hace que el libro se cierre entreabriendo múltiples puertas por las que seguir transitando, apuntando además cuestiones de especial relevancia en este recién estrenado siglo XXI relativas a la ciudadanía, la inmigración y la apuesta por una democracia feminista transnacional. Un texto, este último, que además ha reabierto un debate no por ya un tanto viejo carente de interés en torno a las limitaciones —éticas, políticas, epistemológicas— del ejercicio deconstructivo al afirmar que “si disolvemos la categoría de raza, por ejemplo, se vuelve difícil reclamar la experiencia del racismo”.

Es en definitiva ésta una obra, pues, cargada de afirmaciones y apuestas que en más de un momento nos harán saltar de la silla. Pero siempre es bueno saltar de la silla y luego preguntarnos por qué saltamos o, del mismo modo, por qué un texto nos reconforta, nos seduce o nos desafía, sin dejarnos llevar por la comodidad de importar acríticamente experiencias, conceptos, continuidades y fracturas a situaciones y contextos diferentes.

ELENA CASADO